

## En nombre de ese *nombre* que me nombra

*Profesor Juan José Barreto G.*

*Centro de Investigaciones "Mario Briceño Iragorry"*

*Universidad de Los Andes. Núcleo "Rafael Rangel"*

[jujoba@ula.ve](mailto:jujoba@ula.ve); [inyoinyo@gmail.com](mailto:inyoinyo@gmail.com)

**I Congreso Internacional de Estudios Críticos Culturales: crear, crear y crecer. "CreeArte"**  
**NURR ULA, Casa Carmona Trujillo, 16, 17 y 18 de noviembre de 2016**

### **Resumen**

La palabra es un centro de gravedad que nos lleva a "nuestra finitud irremediable". Nos debería llevar. Y los nombres deberán ser curativos, liberadores del Régimen de Verdad y de poder. Una combinatoria esta ponencia que deambula entre la filosofía y la poesía como acercamiento a esa intención inicial de cuestionar el perigrí de las frías convenciones sígnicas para postular un "aquí mismo" frente a la distancia esquizofrénica que el hombre ha logrado establecer y convencionalizar en los lenguajes cotidianos y mediáticos tratando de aniquilar por completo el cordón umbilical que nos une a nuestra casa. Zafarse de las hegemonías para reconocer lo heterogéneo. Otro pan frente al pan nuestro de cada día

Palabras Clave: Palabra, alegría, homo-heterogeneidad, cultura y otros asuntos.

En los primeros tiempos, en todos los primeros tiempos del hombre y del mundo “Todos los seres eran para mí aspirantes oscuros a una dignidad que sólo la palabra podía darles y hasta su débil existencia provenía de sus nombres; una existencia prestada, pues el centro de gravedad y de prestigio se mantenía en los nombres”. Estas palabras de JM Briceño Guerrero se pueden leer en el *állef* de *Amor y Terror de las palabras* (1987:13). Un centro de gravedad que puede crecer o reducirse según sea el trato con las palabras, esa energía del lenguaje curativo o matador, según sean los casos tratados. Mi madre fue maestra de escuela y también ponía inyecciones. Enseñaba y curaba. Hace tiempo descubrí que curaba con las palabras. No era la aguja hiriente a la que mis hermanos y yo le teníamos pavor cuando llegaban los de “sanidad” a inyectar en la escuela “concentrada”. Nombrar para curar, una semiótica terapéutica que aplicaba la maestra sin haber leído ningún discurso amoroso.

Sufrimos de un “defecto de visión”. La imagen vuela hacia el lado del arte y de la poesía. La lengua se vuelve para los poetas una especie de “neblina alienante” según la imagen que nos ofrece Harold Bloom en ese problemático libro *La angustia de las influencias* (1991). Tratamos de recuperar la “nube brillante” de las palabras o, por el contrario nos destroza esa mirada. La mirada curativa se va acercando al sentimiento a través de los signos. Desde el verso de Martí que recuerda Briceño Guerrero (p.14) las palabras agresivas golpean más que cualquier otro golpe, nos arranca- “me arranca el corazón/ con la mano”. No sé por qué pero enseguida revolotea aquella nota de Jaramillo que tanto le gusta (ba) a la gente: “ódiame por piedad yo te lo pido...”, ¿la recuerdan? Amor y odio, terror y amor. Metáforas o cuchillos afilados con cicuta en la punta, ají o curare. Curaré o mataré, he ahí el dilema.

El sentimiento no es una continuidad cognitiva fría ni coherente. Se desvía para encontrar la metáfora. Hallarse con ella por ahí para producir una nueva dimensión huidiza frente a lo permanente como aprendimos a comprenderlo con José Lezama Lima. El amor es un desvío de la racionalidad y la convención. Por eso amamos tan poco porque somos una manada humana condenada por el terror de la racionalidad. Condenan nuestras utopías y nos vuelven pragmáticos frente a las noticias o un simple acontecimiento. La política de acto para el beneficio se convierte en manotazos duros contra el otro. La “guarimba” socaba lo que he llamado “amorimba”. La sentencia de

Mariano Picón Salas, en “VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS” salta para volverse tinta, lectura, cuestionamiento:

¡Habrán personas que partiendo de la adolescencia, llegarán a la vejez pensando que el mundo de la cultura son los datos compilados y los simples resúmenes que se acostumbran en aquellas “digestiones de lecturas”, tan abundantes en los Estados Unidos! Armados de este modo, podrán ganar algunos dólares y responder todo un repertorio de preguntas en los programas de televisión. Ante las noticias que sólo son noticia, ¿no resultan muchos más nuevos los diálogos platónicos? (1983: 258).

Dialogar desde el conocimiento y la experiencia del ser trascendente. Digo ser trascendente y no experiencia trascendente. Las palabras y las cosas sin el “perigrí” de la convención fría, calculadora y oportunista. Defender la palabra que sintetiza lo heterogéneo humano sin perder la alegría en esa defensa. “Defender la alegría” de la que nos habla Mario Benedetti, defenderla “como una certeza”, del óxido y de la roña y “de la famosa pátina del tiempo”. La alegría del hombre planetario, del terrícola que ha sabido nacer con la mirada, entendiendo la alegría de nuestros dioses primitivos cuando cantaban que “no habrá gloria en la tierra hasta que no exista la criatura humana”. La alegría de la mano humana, escribiendo las palabras que toma por la boca, las palabras del mundo para curarse. Chamanes de las palabras defendiéndose de la podredumbre que produce el tiempo. La palabra no es suficiente, lo sabemos. Bordelois lo resume, lo pone en pocas palabras: “la palabra sola no puede salvarnos, pero no nos podemos salvar sin las palabras” (2007, p. 98). Aquellas palabras de la madre cuando nos amamanta, en todos los tiempos. Las palabras son el son, la música que quiero cantar. Dime como hablas y te diré quién eres. Las palabras son la saliva de la madre que nos limpia el rostro, nos hacen ver que vamos siendo. Ir y venir de las palabras. Se van hacia atrás y hacia adelante y hacia los lados. Baján y suben. La belleza y lo efímero, pero a la final:

Y caminando bien arriba

iba diciendo

-“Yo soy esta luz

Todo lo que en mí se ha destruido es ya diamante.

La pureza no ha desaparecido

me iré con ella por el cielo.

Ahora ya no soy grávido y nada me detiene y afianzo el pie con alegría  
en mi sitio infinito”.

Este fragmento del poema “Carlos Contra maestre, el alquimista” de nuestro entusiasta poeta de vuelos siderales y hoscas conversaciones, Ramón Palomares, nos descubre la poesía como alquimia que conduce a un sitio infinito que puede ser nuestro: la alegría. La fiesta a pesar del caos que pretende apagar el fuego de la alquimia. La poesía es el canto más antiguo de la tierra, primitivo, rupestre para afincarse hacia la trascendencia. La otra alegría, “La alegría de la tierra” la ha celebrado Mario Briceño Iragorry a pesar de la cultura de la superficie generada por la tristeza del petróleo. No hay razones para abandonar la tierra, esa madre a la que el hombre de la “hybris” colectiva ha maltratado hasta el cansancio.

No había razón para olvidar la tierra, como aconteció al hombre venezolano, cuando vio sus arcas hinchadas de la moneda petrolera. Entonces debió afirmarse más en sí mismo, en su suelo, en su realidad nacional. Pero perdimos la cabeza y olvidamos que el pan nuestro de cada día sólo está asegurado cuando lo recogemos de la tierra, con nuestras propias manos colectivas (Briceño Iragorry, 2007, p.123).

Tierra e infinito. Una alegría doble que ha sido celebrada por la poesía, el pensamiento y la espiritualidad humana. Esta doble alegría es amenazada por la distancia esquizofrénica que el hombre ha logrado establecer y convencionalizar en los lenguajes cotidianos y mediáticos tratando de aniquilar por completo el cordón umbilical que nos une a nuestra casa. La casa pequeña y grande. Mi pequeña casa funciona como el todo, es parte de la gran casa. La espiritualidad amenazada por una ni tan nueva “religión”. Ludovico Silva lo escribía de la siguiente manera:

Hoy en día, la familia sentada frente al televisor forma un conjunto que es religioso en su esencia. Se asiste a los programas de la televisión como antes se asistía a una misa. Se está ante un ritual doméstico de alta potencialidad religiosa y alucinante, de tanta importancia como los más tradicionales ceremoniales de las religiones de todos los tiempos. La televisión es un altar donde se sacrifican millones de seres humanos a través de un infinito aparato de destrucción, y en donde se consagran una serie de productos comerciales como si se tratara de los sacramentos divinos. El pueblo comulga diariamente en esa religión laica. Por eso Marx llamaba al capitalismo agudamente “religión de la vida diaria” (Silva, 2011, p. 270).

El pan nuestro de cada día lo recogemos de esa religión laica. Es un pan simbólico que alimenta nuestra miseria humana, esa hibry del desencanto que nos conduce al apocalipsis real y mediático. El sentimiento plástico de la superficie se agiganta frente a la sensibilidad humana para el diálogo de alteridades convertidas en mercancías por adquirir con costosas tarjetas turísticas o baratos canales de consumo masivo que arrojan extraordinarias ganancias a los dueños de los altares de la modernidad esclavizante. Si no confrontamos tales discursos avasallantes, la suplantación de la sensibilidad por los distintos consumos cada día será más terrible. El “perigrí” virtual amarra el espíritu a la cosa que deseamos consumir y también nos ha vuelto imbéciles para volver a la tierra a tocar sus genitales con nuestras manos. La anatomía de la naturaleza, su magia y sus leyes ya ni siquiera nos asustan. También hemos perdido el asombro. La chica del tiempo es una cosa más que nos habla de tifones de la modernidad. El recalentamiento es una cifra como cualquier otra, mientras los movimientos ecologistas son criminalizados por el inquisidor mediático y el operador de turno. Esta es la crisis moderna de pueblo, para parafrasear esa idea de “crisis de pueblo” de la que habla Briceño Iragorry en sus escritos.

Sobre qué nos afincarnos si nos estamos quedando sin tradición y memoria. Nuestro “piso infinito” se vuelve fragmentos tanto en el cielo como en la tierra. Nos están metiendo en un extraordinario campo de concentración mediática y nuestra respuesta diaria a la vida tiene esa terrible atadura que debemos intentar romper. Y la poesía y la filosofía tienen que bajar a la cotidianidad, hacerse rupestres para el hecho trascendente. Producir nuestras propias palabras es tan importante como producir nuestra propia comida. No puede parecer ridícula esta relación para la sobrevivencia. Intentar ser “originales” con “jota”, como lo escribía nuestro filósofo derrotado, Simón Rodríguez. El manto de la imitación nos ha cubierto como un manto de sombras en nombre de la luz. Son hombres quienes nos han esclavizado en nombre de máquinas y altares. Somos los hombres quienes debemos seguir inventado en la lucha por la libertad con alteridad. No tiene nada que ver estas invenciones con aquellos seres calculadores que viven cambiándose de bando por que el otro caerá o pierde poder. El hombre que calcula el mundo para aprovecharse de él y sus circunstancias.

Este es el ámbito en que nos movemos y el que debemos superar, no de manera mecánica ni declarativa sino, creativa y cotidiana. Es el reto global

para todas las culturas para volverse a religar desde la dimensión de sus pueblos. Alguna migaja de pan habrá dejado el destejido hilo de Ariadna. Recuperamos después de esta imagen, la de la migaja y el hilo destejido, un fragmento de *¿Qué es la filosofía?*:

La cultura dentro de la cual se “forma” un individuo determina en alto grado su estilo de vida, marca para siempre su quehacer, modela su sensibilidad y su actitud valorativa, da un aire característico a su pensar. El individuo, por su parte, puede ser factor importante en el devenir cultural; está en condiciones para ello debido al intrincamiento de determinación y libertad tan característico de la condición humana, pero los auténticos creadores de formas culturales son pocos. Además, la aparición de esas formas ocurre en el ámbito de la comunidad y de una manera que no es clara y conscientemente intencional; la acción del individuo se mueve en un horizonte cultural ya dado. Es como si pudiese hablarse de creación colectiva, de los pueblos como entidades personoides (Briceño Guerrero, 2007, p. 15).

No se trata de pegar los fragmentos para recuperar la imagen perfecta del precioso jarrón. La tradición y la memoria no son un precioso jarrón roto y perdido. Son esas formas culturales que nos sostienen simbólicamente. Estas pueden ser desplazadas para colocarnos en territorios de dominio de la vida diaria y de la vida imaginaria que pasan al discurso en forma de relatos y de lenguajes que hablan de nosotros. Domina esa territorialidad de lo cotidiano quien hace y trasmite los lenguajes que van a controlar la superestructura de los sentidos. Lo dice de una manera particular el Michel Foucault de *Microfísica del poder*:

...en una sociedad como la nuestra, pero en el fondo en cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio de poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionen en, y partir de esta pareja (1992, pp. 147-8).

La verdad es el mundo que se ordena en el relato. La convención de la verdad en la subjetividad, el individuo hilvanándose consigo mismo, sostiene Foucault: “es el producto de una relación de poder que se ejerce sobre los cuerpos, las multiplicidades, los movimientos, los deseos, las fuerzas” (p.129). La pregunta es, cómo una relación de poder demarca la cultura, o las formas culturales o las entidades personoides de los pueblos de las que nos habla Briceño Guerrero. Y, en qué sentido, la polisemia de la filosofía y de

la poesía, del arte como territorio sensible de la creatividad individual para esas formas colectivas que es la cultura, le disputa el imaginario a los altares de la comunicación que condicionan la religión de la cotidianidad. Será posible que un recital de poesía o una conferencia de uno de nuestros filósofos tengan la audiencia de un juego de fútbol entre el Real Madrid y el Barcelona, ocupe el espacio que ocupa la pelea marital entre Jolie y Pitt, la resonancia de “El Chapo Guzmán” o le dispute “visitas” a las estrellas de la música o el cine. O la velocidad “twitera” de nuestros afamados políticos. La cultura y su difusión se vuelven espectáculo, y tal espectáculo regula nuestra dimensión semiótica en el mundo, es decir, las intersubjetividades. Ya no se trata de la sensibilidad amenazada sino de la sensibilidad controlada y asociada a un “régimen de verdad” propio como conjunto de reglas en cada sociedad marcada, en nuestro caso, por la civilización occidental y el neocolonialismo. Pudiéramos participar en un forcejeo entre la configuración del mundo en el texto poético o filosófico y su distribución, arreglo o desarreglo del dispositivo de verdad que pretenda imponerla como condición indisociable al poder. Se trata de “separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas...” (Foucault, p.200). Entonces, podríamos llegar “más acá” para hacer dialógicos nuestros laberintos:

Más acá de los conflictos intraculturales, más acá de la tradición europea, más acá de las formas indias y negras que en extraño sincretismo conviven con las occidentales, más acá de la cultura que no hemos inventado, está nuestra idiosincrasia de pueblo, la concreción singular de lo humano en esta tierra nuestra. Pero más acá aún, aquí mismo, centro primigenio, nuestra libertad y nuestra finitud irremediables (Briceño Guerrero, 2007, p. 37).

Zafarse y separarse del poder de las formas hegemónicas. Buscar nuestro primigenio centro donde cohabitan las formas heterogéneas de esa *nuestra libertad y nuestra finitud irremediables*. Más acá, aquí mismo.

## **Bibliografía**

Bloom, H. (1991). *La angustia de las influencias*. Caracas. Monte Ávila Editores.

Bordelois, I. (2007). *La palabra amenazada*. 2da edición (ampliada). Caracas. Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Briceño Iragorry, M. (2007). *Mensaje sin destino - La alegría de la tierra*. Caracas. Fundación Cultural El perro y la rana.

Briceño Guerrero, JM. (1987). *Amor y Terror de las palabras*. Caracas. Mandorla.

----- (2007). *¿Qué es la filosofía?*. Mérida- Venezuela. Ediciones La Castalia.

Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid. 3ra edición. Las ediciones de La Piqueta. Madrid.

Picón Salas, M. (1983). *Viejos y Nuevos Mundos*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.

Silva, L. (2011). *Belleza y Revolución*. Caracas. Fondo Editorial Fundarte.